

Las torres de Nhystikdar

Víctor Lázaro Vidal
lav97victor@gmail.com
Universidad Autónoma de Querétaro
Taller literario El Uróboro de Alejandría
<https://doi.org/10.25009/pc.v1i4.138>



En la heráldica de mi ciudad natal destaca la figura de un quetzal. No se trata de un ave cualquiera, sino de la más noble y majestuosa que la naturaleza ha engendrado jamás. El plumaje del pecho es carmesí; bajo su cola es blanco, negro entre sus alas, y un verdemar tornasolado recorre desde su cresta erizada hasta las largas plumas de su magnífica cola.

Las Islas Quetzales, un archipiélago al norte de la península de Iszhanzhen, no son llamadas así por casualidad. En la densa jungla que las cubre, habitan quetzales de gran tamaño, cuyo plumaje es aún más precioso que el de sus parientes del continente. Para los antiguos habitantes de las islas, aquellas aves eran sagradas, al grado de atribuirles cualidades mágicas. Contaban que se trataba de espíritus del bosque, y que la muerte de un quetzal por obra de un hombre acarrearía desgracia para él y todos los suyos durante generaciones. Creían que ver un quetzal posado sobre la choza de una familia era señal de buena fortuna, un augurio de salud y abundancia, y sin duda, se convirtió en un contradictorio símbolo de lo segundo.

Han pasado siglos desde entonces, y aunque en las tierras rurales la gente continuó guardando respeto y adoración a los quetzales, no sucedió lo mismo en las ciudades. Nhystikdar es una de esas ciudades, la más grande del archipiélago y la única capaz de equipararse con otras del calado de Zhysdar, Vholdar o Nhyskar. La ciudad se encuentra al occidente de Zhaltik, la mayor de las treinta islas que componen el archipiélago. Los nhystikdaries siempre fuimos gente orgullosa, apartada a menudo de los asuntos del continente, siempre renuentes a las condiciones del resto de las ciudades, y recelosos de las ambiciones de nuestros vecinos sureños. Eso no evitó que cayésemos bajo el dominio zhysdario, o que debiésemos soportar las constantes afrentas del reino que les sucedió, o que acabásemos



hincados ante el emperador de Allende los Mares. A pesar de ello, siempre fuimos demasiado orgullosos como para ceder nuestra libertad a los imperios extranjeros, y siempre nos las arreglamos para mantener nuestros fueros y la autonomía de nuestro pueblo, especialmente en lo referente a los negocios.

La estratégica posición insular de la ciudad había promovido el comercio y, con ello, la prosperidad de nuestra gente. Los barcos iban y venían desde tierras lejanas, y de Erdyald hasta Tulbaah, la heráldica del quetzal se exhibía en las enseñas de nuestras galeras y carracas. La riqueza acumulada por el comercio hizo florecer las artes y las ciencias, y pronto nuestras calles se llenaron de eruditos y poetas. Los palacios y villas de las familias más pudientes lucían ricos acabados en madera, cantera rosa, pan de oro y mármol. Pero, sin duda, el mayor símbolo de la prosperidad de la ciudad eran sus emblemáticas torres.

Desde que la ciudad comenzó a prosperar, entre las familias acaudaladas arraigó la costumbre de edificar torres con el fin de protegerse de sus enemigos. Pequeñas fortalezas verticales que se asomaban sobre las estrechas y antiguas callejuelas de Nhystikdar, pero cuyo fin pronto dejó de ser un asunto defensivo para convertirse en un asunto de orgullo. Las familias competían entre sí por construir torres cada vez más altas, cada vez más imponentes y majestuosas. Los Oryga y los Vhasanna no se llevaban bien, los Idrasgola odiaban a los Idrays, y los Eskhola rivalizaban a muerte con los Cargayes. Ninguno de ellos podía permitir que sus enemigos les superasen en riqueza y poder, y las torres eran testimonio de ello.

Pronto, tras las murallas de Nhystikdar, decenas de fálicas estructuras pétreas se erigieron sobre los tejados de las casas; y llegaron a ser tantas que las calles cedieron ante la penumbra, tan solo para ser iluminadas bajo el sol del medio día. Conforme nuevos apellidos se sumaban a la lista de notables, nuevas torres se construían más altas e imponentes que las anteriores, lo que obligaba a las familias más antiguas a ampliar, fortalecer y remodelar las suyas, para así no quedar bajo la sombra de sus vecinos.

Sin embargo, la bonanza de la ciudad no se originaba en sus torres, sino en su puerto, y el corazón palpitante de su comercio era un edificio ubicado en uno de sus costados. El complejo no era especialmente vistoso ni destacaba por su ornamentación. Se edificó sobre los restos de una vieja fortaleza zhysdaria y originalmente se había utilizado para alojar las aduanas. Sin embargo, posteriormente, el Concejo del Exarcado ordenó ampliar la edificación para acoger la Casa de Comercio. Frente a su plazoleta y al interior de su nave columnada, se aglutinaba cada día una caterva desordenada de mercaderes, todos ansiosos por comprar y vender todo

aquello que entraba y salía de los muelles. Allí se intercambiaba de todo: perlas, coral y escamas de serpientes áureas; también aceites aromáticos, café y cacao, así como especias, maderas finas y pertrechos. Metales como el bronce, plomo, oro y plata, además de pórfido, mármol y cantera. Manufacturas de todo tipo, esclavos y textiles; animales de granja y semillas. Y, de entre de todas las mercancías que allí se traficaban, ninguna era más valiosa que las plumas de los quetzales insulares.

Las largas plumas de sus colas, cuyo color metálico oscilaba bajo el sol entre el azul profundo, el verde fulgurante y un verdemar de brillo plateado, eran codiciadas por los más excelentes orfebres de la ciudad, quienes acoplaban las espléndidas plumas a sus creaciones decoradas con piedras preciosas, perlas, y delicados filamentos de oro y plata. Los sastres y sombrereros también adquirirían gustosos las magníficas plumas para sus obras, tejidas en exquisitas telas traídas desde puntos tan distantes como Alaq o Veruza.

Al provenir de una familia de comerciantes, tales temas me han sido familiares desde pequeño. Comercióbamos con sal cultivada en las lagunas que rodean la ciudad y tal actividad, tan necesaria para evitar la corrupción de la comida, trajo considerables beneficios a mis ancestros. Mi tío convenció a mi padre para invertir una considerable suma de oro en el negocio de los quetzales, pues en las ciudades del oeste se había popularizado, entre las familias de abolengo, el uso de plumas de los quetzales gigantes en sus suntuosas prendas.

Para asegurarse un suministro constante que cumpliera con sus agendas y satisfacer la demanda de su exclusiva clientela, los artesanos pagaban por adelantado grandes sumas de dinero a los tramperos para obtener las plumas de la siguiente temporada. Ante el alza de los precios, incluso la carne de los quetzales se convirtió en un manjar digno de los más altos dignatarios y los miembros más pudientes de la sociedad.

Sin embargo, solo los machos adultos poseían las plumas del tamaño y colorido perfecto para venderse en el bazar de la Casa de Comercio. Algunos timadores hacían pasar plumas del continente por plumas de quetzales insulares, razón por la cual los comerciantes y artesanos acaudalados contrataban los servicios de expertos en el tema que contaban con la pericia de reconocer los ejemplares falsos. Incluso se llegaron a publicar rigurosos manuales que exponían las distintas variedades de plumas, cuyas diferencias apenas resultaban discernibles para el ojo no entrenado, pero que suponían una gran preocupación para aquellos dispuestos a pagar una fortuna por una sola pluma.

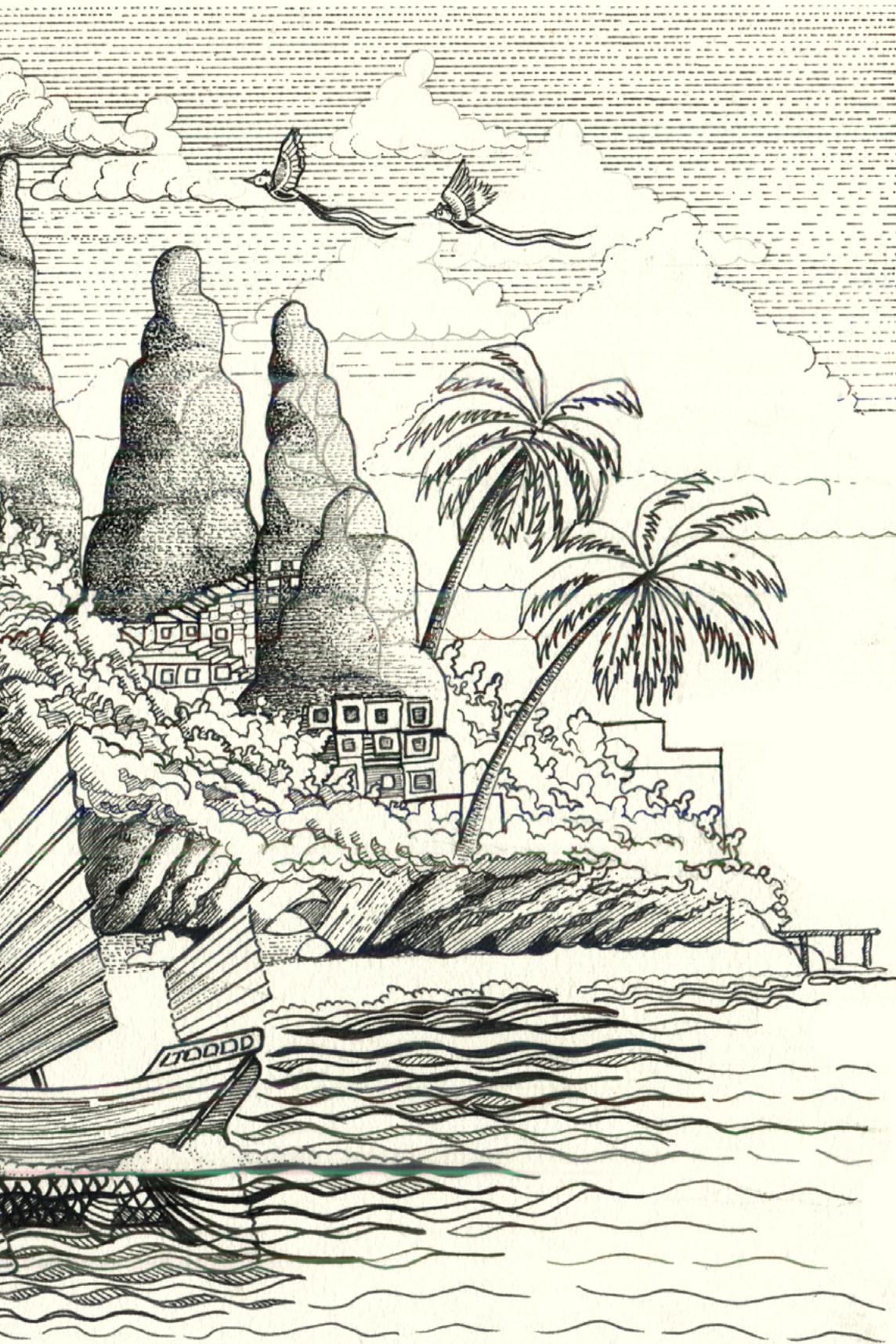


Dependiendo de la longitud de las plumas y del brillo de sus colores, los precios variaban desde los trescientos quetzales de plata, cuando el precio de una tonelada de grano rondaba los sesenta quintos de plata, llegando hasta los seis mil quetzales de plata para algunos ejemplares. Así, la importancia del comercio de plumas llegó a ser tan importante para la bonanza de la ciudad, que incluso se acuñó la silueta de un quetzal en sus monedas. Hubo quienes compraban derechos sobre una caza futura bajo la promesa de obtener ejemplares al cabo de uno o dos años, y luego revendían los derechos a otros interesados, haciendo que los títulos pasaran a raudal de mano en mano decenas de veces, inflando los precios de paso. La práctica se popularizó y pronto muchos comenzaron a recurrir a créditos con los prestamistas de los bancos y las cofradías, para saldar las apabullantes sumas con el fin de asegurar los beneficios una vez obtenidas las plumas. El valor se elevó tanto que algunas plumas de especial belleza llegaron a alcanzar el precio de un palacio entero, o el de un barco cargado con sesenta esclavos y toda su tripulación. Conforme la emisión de créditos se volvía la norma, la mayor parte del comercio se comenzó a realizar mediante pagarés en lugar de plata.

Algún comerciante avisado crió algunas aves en su villa de retiro para tener un suministro constante de plumas. Pero el cautiverio nunca pareció sentar bien a los quetzales y acabaron muriendo. Así que nadie pudo lograr que se reprodujeran en cautiverio. Algunas cofradías mercantes de las ciudades sureñas comenzaron a traficar en secreto con ejemplares vivos, para luego liberarlos en sus tierras. Dada la importancia de tal asunto para el Exarcado, el Senado de la ciudad aprobó leyes con duras penas para quienes osasen sacar quetzales vivos de las islas. Se llegaron a emitir licencias que permitían la captura de las aves solo a tramperos autorizados, pero aquello no impidió las actividades de los contrabandistas ni detuvo la corrupción rampante entre los oficiales de la Aduana.

Sin embargo, la naturaleza fue más sabia combatiendo a los contrabandistas que la propia guardia de la ciudad, pues las aves en tierra continental crecían sin diferenciarse mucho en dimensiones y magnificencia de sus primas locales, y a menudo parecían incapaces de adaptarse a las nuevas tierras. ¿Acaso era el clima? ¡No tenía sentido! Las Quetzales no estaban muy lejos del continente y las condiciones parecían muy similares. ¿Sería acaso algo en su alimentación? ¿Tendría algo que ver con la condición volcánica de las islas? Nadie lo sabía. Para resolver tales interrogantes, el Concejo envió a un famoso naturalista llamado Asyros Cozhys a investigar el vital asunto. Pero cuando este quiso encontrar ejemplares en lo profundo de la selva, no halló ninguno. Durante varios días que se volvieron meses,





siguiendo a guías en lo profundo de las cumbres boscosas, buscó quetzales sin éxito. Luego de más de un año y tras recorrer cada una de las islas del archipiélago, Asyros tuvo que dar la terrible noticia de que no quedaba ni un solo quetzal insular con vida.

Aquello disparó los precios de las plumas en existencia a niveles aún más absurdos, al punto de volverse impagables. Aún las familias más acaudaladas dudaban en comprar plumas. Otras atesoraban las que ya tenían, y quienes habían invertido a futuro en ellas, cavilaban ante la posibilidad de no recuperar nunca su plata. Al cabo de un tiempo, el comercio de plumas se paralizó mientras todos contenían la respiración.

Mi padre y mi tío estuvieron presentes esa mañana, la mañana en que todo sucedió. Un orfebre acudió a la Casa de Comercio para vender sus plumas. La oferta inicial no era descabellada en lo más mínimo, pero cuando la subasta inició, nadie parecía dispuesto a comprar ninguna. El orfebre, extrañado, rebajó el precio sin que ello cambiara el resultado. Pronto una oleada de comerciantes, artesanos y prestamistas se agolpaban en las puertas del edificio tratando desesperadamente de vender sus plumas. Ante la mirada atónita de todos, los precios no dejaban de caer y los banqueros comenzaban a exigir el saldo de deudas que nadie podía pagar. Los pagarés se convertían en lo que siempre habían sido, trozos de papel sin valor alguno, y la euforia que otrora había regido las subastas acabó siendo sustituida por el miedo y la ira. Para cuando la noche cayó, la mitad de la ciudad estaba arruinada, mi familia incluida.

Las torres pronto comenzaron a mostrar signos de deterioro. Las fortunas de muchas grandes familias se esfumaron y al poco perdieron el interés en mantener aquellas enormes estructuras, antaño orgullo de sus casas, pero cuya función no tenía más sentido que el de exhibir una riqueza que ya no existía. Las viejas edificaciones se transformaron en cárceles, almacenes de mercancías, y algunas en nidos de ladrones y desahuciados. La guardia de la ciudad apenas podía contener la criminalidad, lo que llevó al Concejo a decretar la demolición de las torres, que ya amenazaban con desplomarse sobre la incauta población.

Cuando el caos se apoderó del corazón del imperio, la ciudad proclamó su autonomía para evitar pagar los crecientes impuestos que exigía la financiación de la guerra en occidente. Aunque el subsecuente régimen republicano logró mejorar gradualmente la situación, la ciudad nunca recuperó del todo el esplendor de antaño. Tan solo dos torres, ligeramente inclinadas, permanecieron en pie como vestigios mudos de un pasado boyante.



Así fue como la antigua y orgullosa ciudad de Nhystikdar, sin necesidad de una guerra o la intervención de un tirano, se arruinó en un solo día por la estupidez de sus propios ciudadanos. Mucho tiempo después, viéndolo en retrospectiva, parece que aquella copla que los primeros habitantes del archipiélago rezaban, debía tener algo de cierta: «La muerte de un quetzal a manos de un hombre, acarreará desgracia para él y los suyos por generaciones».

